

era el objeto principal de las proposiciones denunciadas á Gregorio XI según acabamos de ver. Pero no paró ahí el novador; como los errores hacen tíos de otros, la manía de dogmatizar y la necesidad de halagar las pasiones para adquirir partidarios, le precipitaron poco á poco á sostener escandalosas impiedades y doctrinas sediciosas, cuyas lamentables consecuencias se verá bien pronto (1).

El rey Eduardo III murió antes de recibir las cartas del Papa Gregorio el 21 de Junio de 1377. Hasta lo último no se separó de él una fatal conenbina, que viéndole en el trance final, le quitó hasta los anillos de los dedos, y luego le abandonó y le dejó morir sin sacramentos. Sucedió á Eduardo su nieto Ricardo II, que solo contaba once años de edad, bajo la regencia del duque de Lancaster, protector declarado de Wiclef. Entre tanto, el arzobispo de Cantorbery mandó examinar la doctrina del novador, conforme á los rescriptos pontificios, y le emplazó ante su tribunal. Wiclef se presentó acompañado del duque de Lancaster y del conde de Percy, gran mariscal de Inglaterra, trató de explicar sus proposiciones con sutilezas, pero sin retractar ninguna, y habló largamente del abuso de las censuras y de los bienes eclesiásticos. Su hipocresía y sus discursos artificiosos engañaron á los jueces, los cuales se contentaron con aquellas explicaciones y le dejaron libre imponiéndole silencio, que él prometió guardar. Mas no tardó en comenzar de nuevo sus declamaciones con mas furia, y combatió los dogmas mas esenciales de la religion y hasta los fundamentos del órden social. Uno de los errores capitales de Wiclef es afirmar que todo sucede por necesidad: que Dios mismo no es libre: que ha producido por una determinacion necesaria todo cuanto existe, y no puede producir otra cosa: que todos los pecados que se cometen en el mundo son necesarios ó inevitables: que Dios determina y fuerza los nombres al mal lo mismo que al bien, de suerte que no pueden haber otra cosa de lo que hacen, es decir, que hace á Dios autor y apremiador de todos los crímenes. Ademas, previendo las consecuencias de esta doctrina abominable, no vacila en aprobarlas. Es verdad que no se atreve, dice él, á incitar á los hombres á pecar, enseñando que esto es agradable á Dios; pero añade, que si no se le dan mejores razones que las que se emplean, se confirmará en su opinion sin decir palabra. Se concibe á vista de tan horribles blasfemias, esa afectacion de falsa piedad, que le movia á ejemplo de los valdenses á declamar contra el lujo y las riquezas, hacer alarde de una pobreza hipócrita, negar á los ministros de la religion el derecho de poseer bienes temporales, y sostener que el efecto de los sacramentos debe depender del mérito y santidad de los que los administran, como si la virtud y la santidad pudieran ser mas que palabras en este sistema de fatalidad absoluta? Pero ese era el

(1) Wiclif - Hugon - Tomo Walden

medio de granjearse patronos y sectarios; porque afirmando que el Papa y los prelados pierden su jurisdiccion y todas sus facultades espirituales cuando viven mal, y que es un crimen en los eclesiásticos poseer temporalidades, y un deber para los principes despojarlos de ellas y reducir así á la condicion ordinaria tantas fincas vacantes en manos inertes; estaba bien seguro de ganarse la proteccion de los gobernantes, cuya autoridad, á las veces arbitraria, se veia coartada por la del clero, y el favor de los grandes que habiendo usurpado los bienes de la Iglesia despreciaban las censuras fulminadas contra ellos. Tambien halagaba por este medio las ideas y pasiones de los antiguos valdenses, que se habian diseminado en Inglaterra bajo el nombre de *tolardos*, y ampliaron unos errores en que veian reproducidas la mayor parte de sus máximas. Últimamente lo que acabó de seducir al pueblo es el principio absurdo y detestable que un rey cesa de serlo por un pecado mortal, y que en general la santidad de vida es la condicion necesaria de un derecho enajeniera, aun el de propiedad. Ademas, clamaba con violencia contra el tributo del dinero de San Pedro, y no contento con combatir la posesion de bienes por parte del clero, sostenia, que ni los diezmos eran un derecho, sino una limosna, de que podian privar los pueblos á los pastores que vivian mal.

Fuera de estos errores enseñaba Wiclef que la Iglesia romana no tiene ninguna superioridad sobre las otras: que el Papa debe su poder á la concesion de los emperadores; que los sacerdotes son en un todo iguales á los obispos; que no se debe hacer caso de las decretales y cánones; y que si las leyes humanas no están fundadas en la Sagrada Escritura, no hay obligacion de obedecerlas. Tratada de Anicorsto al sumo Pontífice, y aplicada á la Iglesia romana las mismas odiosas calificaciones que los valdenses y demas sectarios de la época. Enseñaba que las órdenes religiosas, mendicantes ó no mendicantes, eran una invencion de Satanás, y que cualquiera que entraba en un instituto ó congregacion particular, se separaba por este solo hecho de la sociedad cristiana. Sostenia que los obispos y sacerdotes no podian administrar válidamente los sacramentos estando en pecado mortal; negaba la necesidad del bautismo, y deseaba la confirmacion, la presencia real ó á lo menos la transustanciacion en la Eucaristía, la confesion, la extremacion, la necesidad de intervenir el sacerdote ó de celebrarselos ninguna. ceremonia para el matrimonio, pretendiendo que se contraia por solo el consentimiento de los esposos, y que no podia anularse los impedimentos establecidos por los cánones. Finalmente, despreciaba las indulgencias; el culto de los santos y sus reliquias, las oraciones por los difuntos, la obligacion de guardar las fiestas, y en general todas las ceremonias de la Iglesia. Fue, pues, el precursor de los protestantes y anabaptistas en casi todo, y dió como ellos el ejemplo de multiplicadas variaciones; porque en algunos extractos de



sus escritos se halla el reconocimiento formal de los siete sacramentos, de la confesion aricular y de otros varios puntos que combato en otros lugares. No tardaron algunos discipulos suyos en sacar nuevas consecuencias de sus principios, y sostener que ninguna autoridad eclesiastica ni civil ha sido instituida por Dios: que no es ficto hacer la guerra ni castigar con pena de muerte: que todos los bienes deben de ser comunes: que todos los hombres son iguales: y que las instituciones sociales que establecen diferencias entre ellos, son contrarias al cristianismo. Tal es en conjunto la doctrina de Wiefel, cuyos funestos progresos indicaremos mas adelante.

Aunque Gregorio XI no contaba apenas cuarenta y siete años de edad, padecia graves achaques, y á principio de Febrero de 1378 presintió que su fin estaba próximo. Entonces viendo á los cardenales á merced de los romanos, y juzgando que en la critica situacion de la Iglesia era necesaria la pronta eleccion de un Pontífice, para desbaratar los planes de los facciosos, publicó una bula con fecha 19 de Marzo, en que prescribia que si llegaba á morir antes de Setiembre, se reunieran inmediatamente los cardenales residentes en Roma, ya dentro de la ciudad, ya fuera, para elegir Papa sin aguardar á los ausentes, y que el que saliera electo á pluralidad de votos, fuese reconocido como legítimo; es decir, que dispensaba de la regla en que se exigian las dos terceras partes de votos. Fijaba el término del mes de Setiembre, porque entonces se proponia volver á Aviñon; pero murió el 27 de Marzo de 1378 á los pocos dias de publiada dicha bula.

Aquí debemos hacer mención de dos autores aragones de aquella época, á saber: Nicolás Eymeric, dominico aragonés, que murió hácia el año 1393 y compuso entre otras obras una titulada *Directorio de inquisidores*; y Gerardo el Grande, que falleció en 1364 y dejó algunos sermones y tratados de piedad. Mas lo que le hizo especialmente célebre, fué el haber instituido, en Vercen en los Países Bajos la congregacion de los clérigos ó hermanos de la vida comun, dedicados á instruir la juventud. Los miembros de esta congregacion secular no se obligaban con votos monásticos; lo cual lo expuso en lo sucesivo á la censura de algunos religiosos que condenaban este género de asociacion.

DE LA MUERTE DEL PAPA GREGORIO XI Y DE LA ELECCION DE CLAUDIO EN AVIÑON.

LIBRO XXXVII. DE LA MUERTE DEL PAPA GREGORIO XI Y DE LA ELECCION DE CLAUDIO EN AVIÑON.

DE LA MUERTE DEL PAPA GREGORIO XI Y DE LA ELECCION DE CLAUDIO EN AVIÑON.

de 1378. A 1414.

A la muerte del Papa Gregorio XI habia en Roma diez y seis cardenales, y de ellos cuatro solamente eran italianos: en Aviñon habian quedado seis; y otro estaba de legado en Toscana; entre todos eran veintitres cardenales. Los que residian en Roma llamaron á su presencia al senador y los otros oficiales de la ciudad; y les hicieron prestar juramento de observar la bula del cónclave, custodiar cuidadosamente el palacio del Vaticano, donde debian retirarse, y ponerlos á cubierto de toda violencia. Aquellos oficiales les manifestaron que la dilatada ausencia de los Papas habia ocasionado la decadencia de Roma y dado un golpe funesto á Italia; que se habian arruinado los palacios e iglesias, aun las de los cardenales; que los pueblos y ciudades del estado eclesiastico se habian levantado contra los extrangeros que los opriman, de suerte que la Iglesia, en vez de sacar ninguna utilidad de su antiguo patrimonio, habia gastado los tesoros de todas las Iglesias particulares para defenderle, y ahora se veia aniquilada y despreciada. Añadieron que la causa de aquella ausencia habia sido la eleccion sucesiva de varios Papas de origen francés, y concluyeron suplicando á los cardenales que por aquella vez eligieran un Pontífice italiano. Los cardenales respondieron que se proponian dar á la Iglesia un pastor conveniente, siguiendo las inspiraciones de su conciencia sin distincion de nacion ni persona; y en seguida mandaron al camarero de la Iglesia romana que tomara las medidas necesarias para la seguridad del cónclave, porque los movimientos sediciosos de los romanos manifestaban bien que estaban dispuestos á emplear en un caso la violencia; á fin de que saliese la eleccion conforme á sus deseos.

Mas los cardenales estaban divididos, y aunque todos los franceses se hallaban de acuerdo para no nombrar un Papa italiano, muchos declararon abiertamente que no querian un lemosin, y que todo el mundo estaba cansado de esta nacion que habia poseído tanto tiempo el pontificado como hereditario. Entraron en cónclave á los diez dias, es decir, el 7 de Abril de 1378, y los cardenales lemosines que habian proyectado elegir al arzobispo de Bari, se lo propusieron á los italianos, dos de los cuales dieron al punto su consentimiento; de suerte que habiendo contado los votos en aquel mismo dia, hallaron tener las dos terceras partes. Al siguiente,



como el pueblo reunido en tropel en la plaza de San Pedro, gritase con tono de amenaza que quería un romano, propuso para apaciguarle el cardenal de Orsini revestir á un fraile franciscano de la capa y mitra pontificales, como si se le hubiera elegido, y retirarse luego á otra parte para hacer una libre elección. Pero fué desechado este parecer, y el cardenal de Limoges declaró que elegía libremente y sin condición al arzobispo de Bari, á quien inmediatamente dieron su voto mas de las dos terceras partes de cardenales. Con todo, se resolvió no publicar la elección hasta que se presentara el electo en el palacio del conclave, á donde fué llamado, con algunos otros obispos que habia en Roma; y los cardenales estimaron tambien conveniente reiterar la elección para manifestar mejor que era libre. Entre tanto empezaba á correr la voz entre el pueblo que ya estaba elegido el Papa, y que era el cardenal de San Pedro; mas á poco tiempo, viendo que no se publicaba la elección, se persuadió la multitud que querian engañarla, y se dirige tumultuosamente al conclave. Entonces los cardenales, amedrentados, obligan al de San Pedro á revestirse de las insignias pontificales, y se aprovechan de la ilusión del pueblo para huir y refugiarse en el castillo Santángelo y en otras fortalezas fuera de Roma. En seguida declara al pueblo el cardenal de San Pedro que el electo es el arzobispo de Bari, el cual notificó al dia siguiente su elección á los oficiales de la ciudad, y estos se apresuraron á prestarle homenaje. No obstante, él protestó que no aceptaria la tiara, hasta cerciorarse de que habia sido elegido libre y canónicamente. Tal es la reacción mas comun de la elección; pero si ha de creerse lo que cuentan los cardenales, que á poco abandonaron á dicho Pontífice, hubo algunas circunstancias diferentes. Así, respondiendo á los gritos sediciosos de la multitud, protestaron que el Papa elegido en medio de aquellos clamores y amenazas, no sería tenido por verdadero, y los cardenales italianos declararon por su parte que en tales circunstancias no consentirían en su elección. Despues, como fuere propuesto el arzobispo de Bari, algunos protestaron de nulidad; muchos dijeron que se decidían á elegirle como verdadero Papa, pero solamente por temor de la muerte, y otros, haciendo la misma declaración, añadieron que entendían ratificar mas adelante la elección con toda libertad. Por último, cuando llamaron al prelado, y se disponían á reiterar la elección por escrutinio, el pueblo armado rompió las puertas del conclave, y cercó á los cardenales haciéndoles horribles amenazas; de suerte que para apacar el furor popular fingieron haber elegido al cardenal de San Pedro, que era romano; y luego hubieron sin acabar la votación. Seria temeridad querer decidir entre estas relaciones contradictorias: la única cosa comprobada son las violencias de los romanos; mas cuanto á saber si influyeron en la determinación de los cardenales, y por consiguiente si la elección fué voluntaria ó forzada, es una

cuestión que es imposible examinar, y que ademas sería imposible aclarar; de suerte que la Iglesia misma ha tenido oportuno dejarla indecisa.

Como quiera, al dia siguiente de la fuga de los cardenales, y cuando el arzobispo de Bari hubo notificado su elección á los magistrados de Roma, cinco de aquellos que se habian refugiado en sus casas, fueron á rendirle homenaje y pedirle que aceptara el pontificado: otros seis que estaban en el castillo de Santángelo se avistaron con él en el mismo dia, y todos juntos reiteraron otra vez su elección para mas seguridad. Acto continuo fué entronizado el nuevo Papa, y tomó el nombre de Urbano VI. En la semana siguiente que era la siguiente, celebró de pontifical y le asistieron los cardenales. Por fin, el dia de Pascua, 18 de Abril, fué coronado solemnemente á presencia de un gentío innumerable, y tambien concurrieron á esta ceremonia los diez y seis cardenales, porque ya estaban de vuelta los que habian salido de Roma por miedo. Al otro dia escribieron una carta firmada de todos, á los seis que se habian quedado en Aviñon, declarando que habian elegido Papa libre y unánimemente al arzobispo de Bari, y que habia sido entronizado con el nombre de Urbano. Los cardenales de Aviñon le reconocieron en su respuesta como sumo Pontífice, y lo mismo hizo el cardenal de Amiens, que volvió de la legacion de Toscana á los pocos dias. Así, los veintitres cardenales que entonces componían el sacro colegio, ratificaron expresamente la elección del nuevo Papa (1).

Urbano VI, llamado antes Bartolomé Prignano, era natural de Nápoles y descendiente de una familia noble: se habia hecho célebre como canonista, y habia desempeñado sucesivamente varios empleos importantes en la corte de Roma, con lo que adquirió grande habilidad en el gobierno. Ademas era recomendable por su virtud, piedad, austeridad de vida y celo contra la simonía y la incontinencia de los clérigos; pero tenia una rigidez de carácter y una severidad á veces excesiva, que le enagenaron bien pronto las voluntades y produjeron al fin deplorables consecuencias. Al otro dia de su coronación repudió públicamente á los obispos que residían en la corte pontificia, y los trató de perjuros por haberse abandonado sus libertades. El lunes siguiente, en un consistorio público, pronunció un discurso, en que tomando por texto el Evangelio del buen pastor, clamó sin contemplación contra el lujo, la concupiscencia y la vida mundana de los cardenales y prelados. Llevándosele un recaudador de las rentas de la cámara apostólica el dinero cobrado en una provincia, le dijo el Papa estas palabras de San Pedro: "Pereza tu dinero contigo." Eran casi diarias las escenas de esta especie, en que habia mas celo que discreción y prudencia.

(1) Theod. Niem.—S. Anton. Chron.—Rainald.



A fines de Mayo salieron de Roma todos los cardenales, excepto los cuatro italianos, con el pretexto de los calores del verano; pero bien pronto manifestaron su intencion de proceder contra Urbano VI, porque pretendian que su eleccion era nula por haberse hecho con violencia, y que ellos no habian recobrado la libertad hasta despues de salir de Roma. Se habian resistido siempre, á pesar de las instancias del Papa, á entregarle el castillo de Santangelo, cuyo gobernador, caballero francés, no queria hacer entrega de él sino por orden de aquellos; y lo que acababa de descubrir claramente sus intenciones, es que Pedro de Cros, arzobispo de Arlés y camarlengo de la Iglesia romana, que juntamente con otros muchos prelados fué á reunirse á los cardenales, se llevó los ornamentos de la capilla papal. No obstante, continuaron por algun tiempo reconociéndole, ó á lo menos tratándole como Papa, y nombrándole en las preces públicas. Informado el Pontifice de su plan, se arrepintió, aunque ya tarde, de haberlos dejado salir, y con la esperanza de ganarlos ó contenerlos, se trasladó á Tivoli, casi á igual distancia de Roma y Agnani; pero los cardenales, para estar seguros, llamaron un cuerpo de tropas francesas que habia dejado en Viterbo el Papa Gregorio. Habiendo querido oponerse los romanos al paso de estas tropas, fueron deshechos y perdieron unos quinientos hombres muertos y mayor número de prisioneros. Vengáronse de esta derrota en los extrangeros de la corte pontificia, principalmente en los franceses, sin distincion de edad, sexo ni condicion, de suerte que perecieron muchos y se los saquearon los bienes, y hasta algunos obispos fueron encarcelados.

Los cardenales, para preparar los ánimos en favor de su plan, enviaron diputados al rey de Francia con cartas fecha 15 de Julio para la universidad de Paris, y de allí á cinco dias convidaron á los cardenales italianos á reunirse con ellos para proceder á nueva eleccion: en seguida notificaron jurídicamente al Papa que renunciara la tiara, aunque dándole la esperanza de que la recobraría por una eleccion libre y canónica. Pero Urbano no quiso correr este azar. Así, los cardenales publicaron en 9 de Agosto una solemne declaracion dirigida á todos los fieles, en que contaban las violencias de los romanos durante el cónclave, y añadian que por evitar el peligro de muerte, habian elegido al arzobispo de Bari, en la persuasion de que su conciencia le movería á no aceptar el pontificado; "Pero su ambicion, proseguian, le ha hecho consentir en aquella eleccion, aunque nula de pleno derecho, y como continuaba el mismo temor, hizo que le entronizaran y coronaran. Por tanto, despues de haberle avisado varias veces secretamente y por letras patentes, denunciámos á este usurpador anatematizado como intruso en el pontificado, y os exhortamos que no le obedezcáis ni os adhiráis á él de ningun modo." Firmaron esta declaracion doce cardenales, once franceses y el español Pedro de Luna. Des-

pus salieron de Agnani á fines de Agosto para trasladarse á Fondi en la Campania, á donde fueron á reunirse con ellos tres cardenales italianos: el cuarto, que era el cardenal de San Pedro, quedó enfermo en Roma y al cabo murió. Dicese que aquellos tres, separados del partido de Urbano hacia algun tiempo, pero que no habian podido convenir con los cardenales franceses sobre las medidas que debian tomarse, se determinaron á ir á Fondi por la esperanza de conseguir la tiara, que parece prometió secretamente el de Amiens á cada uno de ellos. Sea de esto lo que quiera, los cardenales se congregaron en el palacio del conde de Fondi, y el 20 de Setiembre eligieron Papa al cardenal Roberto de Cinebra, que tomó el nombre de Clemente VII. Habia sido canónigo de Paris, obispo de Ternana, y luego de Cambray. No tenia mas que treinta y seis años; pero por su juventud, precisamente, y sobre todo, por su nobleza, se le consideró como mas propio que ninguno para sostener sus pretensiones contra el Papa Urbano, pues hallándose emparentado ó relacionado con casi todos los grandes príncipes cristianos, se esperaba alcanzar mas fácilmente la de éstos. El nuevo Papa y los cardenales comunicaron inmediatamente la eleccion al rey Carlos V de Francia. Ya hemos visto que éste habia recibido enviados que le testificaron las violencias cometidas por los romanos, y le pidieron de parte de los cardenales que se declarara por ellos contra el arzobispo de Bari. En consecuencia, convocó multitud de prelados y doctores en teología para deliberar sobre esta cuestion, y conforme á su parecer, queriendo proceder con toda la madurez posible, creyó que debia suspender su determinacion. Un secretario que habia enviado á los cardenales, le trajo unas letras patentes de estos que permitió publicar, pero todavía dilató declararse. Por último, habiendo recibido cartas de Clemente VII, congregó á los prelados, al clero y á los señores, y los hizo prestar juramento de que le aconsejarian segun su conciencia sin favorecer á nadie; y como todos opinasen que sola la eleccion de Clemente era canónica, se determinó el monarca, en 13 de Noviembre á reconocerle por Papa. Fué portador de las cartas de Carlos V el cardenal Juan de Cros, obispo de Palestina, quien juró sobre la sagrada Eucaristia, que no habia sido libre la eleccion de Urbano VI. Con el mismo fin fueron enviados otros cardenales al emperador, al rey de Inglaterra y á los otros príncipes cristianos; y Clemente, para tener siempre á su lado suficiente número de aquellos, creó otros seis en las cuatro temporadas de Diciembre, distinguiéndose entre ellos el arzobispo de Cozenza, que, aunque pariente de Urbano VI, le habia abandonado. Los cardenales que se habian quedado en Avinion, recibida la protesta, de los de Agnani contra la eleccion del arzobispo de Bari, le abandonaron tambien para adherirse á Clemente. A pesar de la declaracion del rey y los prelados, la universidad de Paris perseveró todavía al



gun tiempo fiel al partido de Urbano, quien le dió las gracias y la exhortó á la perseverancia; pero al fin aquel cuerpo declaró en Mayo de 1379, que reconocia á Clemente por verdadero Papa. Con todo, de las cuatro naciones que componian la facultad de artes, guardaron neutralidad las de Picardía é Inglaterra: las otras dos, á saber, las de Francia y Normandía, se conformaron con las facultades de teología, derecho y medicina.

Viéndose Urbano abandonado de todos los cardenales y parte de sus empleados y servidumbre, se añadió en términos que llegó á derramar lágrimas, y conoció, aunque ya tarde, la imprudencia de su conducta. Para asegurar la proteccion del emperador, se apresuró á confirmar la eleccion de Wenceslao, hijo de Carlos IV, que á fuerza de dinero habia conseguido la eleccion de aquel como rey de los romanos dos años antes. En Noviembre de 1378 murió Carlos, y Wenceslao continuó fiel á Urbano como su padre. También trató aquel Pontífice de ajustar inmediatamente las paces con los florentinos y levantarles las censuras; pero no tuvo las mismas consideraciones con la reina de Nápoles, que no contenta con declararse á su favor, le habia enviado auxilios. Resentida de los pocos miramientos de Urbano, no tardó en abandonarle; pero como éste era napolitano, creyó que por tal título podia contar con la adhesion del pueblo, y en efecto, la mayor parte de él se mantuvo fiel. En las cuatro témporas de Setiembre hizo una promocion de veintinueve cardenales, escogidos de las diferentes naciones para tener en todas partes quien apoyara su partido: uno de ellos fué Felipe de Alenzon, príncipe de la familia real de Francia: tambien aceptaron la dignidad cardenalicia varios prelados de esta nacion. En cambio renunciaron tres de los nombrados. En Noviembre publicó Urbano una bula por la que declaraba excomulgados y privados de toda dignidad espiritual y temporal, con todas las demas cláusulas usadas entonces, á Clemente, á los cardenales que le habian elegido, y á varios prelados y señores que habian favorecido la eleccion. De allí á poco escribió á los tres cardenales italianos para tratar de ganarlos, porque si bien le habian abandonado, no se habian adherido á Clemente; pero respondieron, como habian declarado ya á los franceses desde el principio, que juzgaban necesario convocar un concilio general para poner término al cisma, y que entre tanto, su intencion era permanecer neutrales.

Santa Catalina de Sena sostuvo el partido de Urbano con toda la energía y actividad del celo mas ardiente por la paz de la Iglesia. Su talento y nombradía movieron al Papa á llamarla á Roma; pero como se escandalizaban de sus frecuentes viajes diversas personas, pidió la santa antes de partir que se le diese la órden por escrito. Luego que llegó, exhortó con calor á los cardenales, conforme á los deseos del Papa, que perseveraran fieles á él. Su Santidad quiso enviarla despues cerca de la reina de Nápoles; y como

manifestase el confesor de la santa algun temor de que se viera expuesta á insultos, respondió ella: "Si hubieran pensado así Santa Inés y Santa Margarita, no habrian ganado jamas la corona del martirio." Con todo, por esta consideracion desistió el Papa de su proyecto. Quedóse en Roma Catalina, á cuyas oraciones se atribuyeron dos triunfos de consideracion que obtuvo el partido de Urbano el dia 30 de Abril de 1379, á saber, la reduccion del castillo de Santangelo, y una victoria ganada á las tropas francesas que peleaban por Clemente. También escribió á todas partes docenas de cartas á favor de Urbano, especialmente á los cardenales italianos, á la reina de Nápoles y al rey de Francia. Hablaba con poco miramiento de los cardenales clementinos, hasta tratarlos de impíos, seductores y demonios encarnados: ademas, impugnaba su protesta haciendo presente que habian reconocido al Papa Urbano durante tres meses, que habian solicitado y admitido de él beneficios que habian hecho á todos los fieles reconocerle, y que no habian pensado en separarse de él hasta que le vieron resuelto á no tolerar sus desórdenes. Añadía que era vergonzoso para ellos, que debiendo estar dispuestos á derramar su sangre por la Iglesia, confesaran que el temor de un peligro cualquiera los habia obligado á reconocer y proclamar como vicario de Jesucristo, á un hombre á quien no correspondia este título. No dejaban de ser sólidas estas razones; pero mas sirvieron para manifestar la culpa de los cardenales, que para afianzar la eleccion del Papa. Santa Catalina de Sena murió el 29 de Abril de 1380, á los treinta y tres años de su edad, y ochenta despues fué canonizada por Pio II. Ademas de un gran número de cartas, escribió un tratado espiritual que contiene sus revelaciones. Pedro de Aragon, célebre franciscano, tomó tambien la defensa de Urbano, y envió su escrito al rey Carlos de Francia; pero apenas daba otra prueba, que ciertas revelaciones que decia haber tenido.

No creyéndose seguro en Fondi Clemente, marchó á Nápoles, donde le recibió tan mal el pueblo, que tuvo que retirarse con sus cardenales al castillo del Ovo, habitado por la reina. Habiendo sabido despues que Urbano trataba de prenderle y habia publicado una cruzada con la indulgencia de la Tierra Santa contra él y sus parciales, se embarcó para Aviñon en Mayo de 1379, á fin de ponerse bajo la proteccion del rey de Francia. Este dió pasos para apoyar á los nuncios que habia enviado Clemente á los diferentes príncipes cristianos; pero los mas de éstos no quisieron siquiera recibirlos. Por entonces murió el rey Enrique de Castilla sin haber tomado ninguna resolucion, y su hijo Juan, antes de determinarse, quiso tener informes exactos, á cuyo efecto envió embajadores á Aviñon y Roma. En Noviembre del año siguiente tuvo una asamblea solemne para oír el informe de dichos embajadores y las razones de Urbano y Clemente. El obispo de Faenza, enviado del pri-



mero, pronunció un discurso en que se esforzaba en demostrar que la elección de aquel Papa se había hecho y ratificado libremente. Después se leyó una memoria entregada á los diputados del rey por Urbano, que contaba las circunstancias de su elección, con corta diferencia, como las refieren ordinariamente los historiadores y nosotros hemos trascrito. Por otra parte, el cardenal Pedro de Luna, enviado de Clemente, entregó la protesta de los cardenales de Agnani, cuya exposición se examinaba á probar la falta de libertad. Por fin, después de largas discusiones en que se examinaron todos los documentos presentados y todas las deposiciones de los testigos, el rey de Castilla declaró en Mayo de 1381 que desechaba al arzobispo de Bari como intruso en la Santa Sede, y reconocía como Papa legítimo á Clemente. Sabida esta declaración, al punto procedió el Papa Urbano contra el monarca castellano; y habiéndole emplazado inútilmente, publicó en Marzo de 1382 una bula terrible, por la cual, en atención á que aquel príncipe había abandonado á la Iglesia romana después de prometerle obediencia, para adherirse al anti-papa, le excomulgaba como cismático, apóstata y reo de lesa magestad, y le privaba en consecuencia de todo honor y derecho, le deponía del trono y le declaraba infame y expuesta su persona á todos los fieles, con autorizacion de prenderle para enviarle á la Santa Sede, ó encerrarle en estrecha prision, prohibiendo á cualquiera obedecerle, pagarle tributo, prestarle ningun servicio, suministrarle víveres y aun darle asilo, pena de excomunion y entredicho. Por último, concedía las indulgencias de la cruzada á todo el que tomara las armas contra él; pero como era de pensar, todas estas medidas de un Papa, cuya potestad se negaba, ó á lo menos estaba en duda, surtieron poco efecto.

El rey de Aragón, Pedro el Ceremonioso, guardó é hizo guardar á sus súbditos una especie de neutralidad, á pesar de cuantas diligencias practicaron con él entrambos competidores Urbano y Clemente; y todas las instancias del cardenal Pedro de Luna no produjeron otro resultado que mandar hacer informaciones sin ninguna trascendencia ulterior. Pero muerto este príncipe á principios del año 1387, después de cincuenta de reinado, inmediatamente se declaró su hijo y sucesor Juan á favor de Clemente. Carlos el Noble, que sucedió por entonces á su padre Carlos el Malo en el trono de Navarra, tomó en breve la misma determinacion, de modo, que á excepcion de Portugal, toda España se adhirió á Clemente, el cual fué reconocido tambien como Papa en los reinos de Chipre y Escocia, en los Estados de Austria, Saboya y Rodas, y en algunas otras provincias. Pero Urbano conservó en su obediencia la mayor parte de Italia y Alemania, la Bohemia, Hungría, Inglaterra y los reinos del Norte. Esta division, que duró cerca de cuarenta años, produjo males innumerables. Los dos Papas se excomulgaban recíprocamente con todas las fórmulas de injurias y maldiciones usa-

das contra los hereges, y del mismo modo prodigaban las censuras y otras medidas de rigor contra los príncipes y prelados del partido opuesto, con lo cual vino á debilitarse la autoridad de la Santa Sede, y se fueron despreciando poco á poco las censuras. Clemente, excomulgado y depuesto por una bula de Urbano, publicó una sentencia contra éste, y para apoyar las censuras con la fuerza material, envió tropas á Italia en favor de los que sostenian su partido. Las consecuencias de esta guerra fueron el pillage, el incendio y todo linage de desórdenes. En el reino de Nápoles, en la Campania y la Toscana, fueron arruinadas muchas ciudades, lugares y castillos, sin perdonar siquiera á las iglesias y monasterios. Varios prelados y clérigos del partido de Urbano, que fueron cogidos por los clementinos, sufrieron ultrajes ó insultos de toda clase, y algunos perecieron ahogados, quemados ó de otra manera. No eran mejor tratados los de la parcialidad de Clemente por Urbano, quien los persiguió con tanta crueldad, que tuvieron que recurrir á Clemente para que les proporcionara medios de subsistencia; y como el corto territorio sujeto á su obediencia no le permitía acceder á todas las peticiones, quedaron reducidos á la miseria muchos prelados que habían gozado de una fortuna brillante. El ejemplo de estos arredó á otros muchos que por mantenerse en su pristino estado ó alcanzar nuevas gracias, resolvieron reconocer á Urbano, aunque persuadidos de que no era legítima su elección. Otros procuraban adquirir prelacías y beneficios de una y otra parte, y segunian alternativamente al que les daba mas. En fin, muchos vendieron su obediencia á peso de oro con el fin de alcanzar beneficios para ellos ó sus parientes; de esta suerte, una multitud de sujetos, notablemente indignos, llegaron á ocupar por simonia las dignidades de la Iglesia. A veces sucedió que dos obispos de diferente obediencia se disputaban la misma silla con las armas, y los Papas permitieron vender las alhajas de las iglesias para pagar las tropas. Sin embargo, en entrambos partidos hubo no solamente personas virtuosas que pudieron salvarse por la buena fé, sino que manifestaron su santidad con milagros; y lo que es muy digno de notarse es, que los fieles de una y otra obediencia permanecian unidos al mismo centro, esto es, á la silla pontificia, cuya supremacia reconocian igualmente; y aunque divididos en opinion sobre los derechos oscuros de dos Papas dudosos, convenian todos en la necesidad de obedecer á aquel cuyos derechos se reconociesen como incontestables; de donde se sigue, que aun en medio de aquellas disensiones subsistia la unidad de la Iglesia por la fuerza de los principios, como subsiste durante la vacante de la Santa Sede.

No dejó el Papa Urbano de proceder contra la reina de Nápoles que había abandonado su partido, y publicó una sentencia declarándola cismática, herege y reo de lesa magestad, y en consecuencia la deponia del reino con todas las cláusulas que hemos visto se



emplearon contra el rey de Castilla. En seguida ofreció la corona á Carlos de Duras, hermano del rey de Hungría, y para darle medios de sostener la guerra, hizo vender en Roma y otras partes las fincas de las iglesias y monasterios, y reducir á moneda las cruces, las imágenes de los santos y hasta los cálices de plata y oro. Al mismo tiempo se aprovechó de las circunstancias para dar el principado de Capua, el ducado de Amalfi y otros varios señoríos á su sobrino Francisco Prignano, jóven disoluto y sin ningún mérito; extraña conducta en un Pontífice cuyos partidarios pregounaban que si le habían abandonado los cardenales, era porque quiso repimir su codicia. La reina Juana, que buscaba un apoyo contra Carlos de Duras, adoptó por hijo y heredero á Luis, duque de Anjou y hermano del rey de Francia, porque aunque casada en cuartas nupcias, no tenía sucesión. Clemente confirmó el tratado á nombre de la Santa Sede, de quien era feudatario el reino de Nápoles, y la reina rogó á Luis con instancia que pasara prontamente á Italia; pero la muerte del rey Carlos V, que sobrevino á la sazón, hizo dilatar la empresa. Este monarca, tan distinguido por su piedad y beneficencia, murió el día 16 de Setiembre de 1380 á los cuarenta y tres años de edad. Había restablecido el orden en el reino y reconquistado todo lo que los ingleses quitaron á Francia bajo los reinados anteriores. Prueba de la delicadeza de su conciencia y de la rectitud de sus intenciones, es una declaración solemne hecha en el mismo día de su muerte, en la que protesta haber abrazado el partido de Clemente sin ningún motivo humano, conforme al parecer de los prelados y las cartas de los cardenales, á quienes corresponde la elección de Papa, y que pueden mejor que nadie saber y atestar cómo se ha hecho; pero que está dispuesto á atenerse al juicio de la Iglesia universal, ya le dé en un concilio general ó de cualquier otra manera. Carlos V dejó dos hijos todavía muy jóvenes: el mayor le sucedió con el nombre de Carlos VI, y el segundo fué duque de Orleans. Tambien dejaba tres hermanos, Luis, duque de Anjou, llamado á la corona de Nápoles, Juan, duque de Berry, y Felipe, duque de Borgoña. El primero, como el mayor, fué investido de la regencia durante la menor edad del rey, lo cual le sirvió para allegar grandes sumas para su expedición de Nápoles.

Entre tanto, entró en Italia Carlos de Duras y marchó á Roma, donde le dió el Papa Urbano en Junio de 1381 la investidura del reino de Nápoles mediante ciertas condiciones: una de ellas era entregar al sobrino de este Papa, á título de feudo perpetuo, el principado de Capua y los otros señoríos que se le habían concedido. Despues se dirigió á Nápoles cuyas puertas le abrió el pueblo, y la reina, bloqueada en el castillo del Ovo, tuvo que entregarse bien pronto á discrecion. Dos cardenales y otros prelados del partido clementino fueron insultados y encerrados en estrechos calabozos, donde murieron algunos de miseria. Tambien cayó prisionero en una

batalla el marido de la reina, Oton de Brúnswick, y Carlos quedó dueño del reino. Habiendo sabido al año siguiente que se disponia á acometerle Luis de Anjou, mandó ahorcar á la reina Juana el 22 de Mayo de 1382 en un castillo del Abruzzo donde la tenía encerrada. La muerte de esta princesa desalentó á los que permanecian fieles á ella, y habian abrazado el partido del duque de Anjou, y se desbandaron. Con todo, éste que se hallaba entonces en Aviñon á la cabeza de un fuerte ejército, marchó á Italia acompañado del conde de Saboya, á quien dió el principado de Piamonte, y se adelantó rápidamente por las llanuras de Lombardia y Toscana hasta el reino de Nápoles. El Papa Urbano publicó la cruzada contra él con indulgencia plenaria para todos los que sirviesen en aquella guerra cuatro meses, y mandó á los obispos del reino que exhortasen á los fieles á tomar las armas en defensa de la Iglesia romana contra los cismáticos. Carlos de Duras, evitando un encuentro decisivo, se contentó con hábiles maniobras para picar el ejército francés y cortarle los bastimentos. Este plan le salió bien, y despues de gastar inútilmente el duque de Anjou sus tesoros, vió al ejército hambriento primero, y luego inicionado de una enfermedad contagiosa, de la cual y del sentimiento, murió el en 20 de Setiembre de 1384. Su hijo mayor Luis que apenas contaba siete años, le sucedió en el título de rey de Nápoles y en el condado de Provenza, bajo la tutela de su madre Maria de Bretaña. Así se frustró esta expedición, para la cual habia en cierto modo dejado exhaustas Clemente las Iglesias de Francia.

En 1383 mandó el Papa Urbano predicar dos cruzadas en Inglaterra, la una contra el rey de Castilla, y la otra contra Francia y su competidor Clemente. Se declaró gefe de la primera al duque de Lancaster que aspiraba á la corona de Castilla; pero en vez de ir á España tuvo que hacer la guerra en Escocia. El caudillo de la segunda fué Enrique Spencer, obispo de Norwich, que obtuvo para dicha cruzada una décima sobre todas las Iglesias de Inglaterra, y así levantó un fuerte ejército. Los ingleses, excitados por su antipatía contra Francia, se aprovecharon con ansia del pretexto de la religion para vengar sus derrotas y recobrar lo perdido. Todos apuraron sus recursos para lo que llamaban una buena obra, y las señoras inglesas aprontaron hasta sus alhajas y piedras preciosas. No obstante, tantos preparativos surtieron poco efecto. El obispo de Norwich, despues de desembarcar en Calais, embistió á los flamencos, aunque adictos al partido de Urbano, y no pudiendo resistir, á un ejército francés que acudió en socorro de aquellos, tuvo á mucha dicha que se le permitiera volver á Inglaterra con sus tropas (1).

Esta cruzada dió á Wiclef ocasion y pretexto para declamar contra la autoridad pontificia con redoblada violencia, á cuyo intento

(1) Walsingh.—Frois.—Theod. Niem.—Rain.



publicó una obra atestada de odiosas invectivas, en que trataba de Anticristos á los dos Papas, acusaba á Urbano de profanar la cruz enarbolada como señal de discordia entre los cristianos para sostener su dominación, y preguntaba por qué no concedía este Pontífice una indulgencia plenaria á todos los hombres con tal que viviesen en paz, en vez de concedérsela para pelear y destruirse. Fácil es de concebir el efecto que producian estas violentas declamaciones en la multitud levantada ya con otras muchas máximas sediciosas. Juan Vallée, discípulo de Wiclef, y sacerdote como él, recorría los lugares hacia veinte años, y soplabá entre el pueblo el fuego de la rebelion contra el clero y los señores. Por órden del arzobispo de Cantorbery fué excomulgado y preso muchas veces; pero apenas recobraba la libertad, volvía á empezar sus excursiones y á predicar. Halagaba especialmente al pueblo predicando contra los diezmos y la servidumbre. No cesaba de repetir que los diezmos y ofrendas solamente debían darse por los que eran mas ricos y menos virtuosos que el que los recibía. Un dia tomó por texto de su discurso este proverbio inglés: "Cuando Adán labraba la tierra y Eva hilaba, ¿quién era el mas noble?" é intentando demostrar por aquí que son iguales todos los hombres, y que Dios no ha criado nobles ni siervos, exhortó al pueblo á levantarse para recobrar la libertad y deshacerse de los señores, sus jueces y todos cuantos le oprimian. Enagenada de gozo la multitud con estos discursos, comenzó á gritar: "Juan será nuestro arzobispo y canciller del reino: el que desempeña estos cargos es un traidor y enemigo del pueblo y de los comunes, y hay que cortarle la cabeza." El levantamiento principió en la provincia de Essex, y los aldeanos en número de cinco mil, armados de mazas, huchas ó espadas, se pusieron en marcha, y en todos los lugares del tránsito amenazaban á los habitantes quemarles sus casas si no se reunían á ellos. Con tal rapidez se aumentó la turba de amotinados, que cuando llegaron á Londres eran mas de doscientos mil. Entraron en la capital el dia del Corpus del año 1381, y se metieron en la torre á donde se habia refugiado el rey con el arzobispo de Cantorbery y el gran prior de los hospitalarios, que era tesoro del reino y no menos detestado que el prelado. Este acababa de decir misa en la capilla y estaba dando gracias: los sediciosos entraron gritando: "¿Dónde está ese traidor y ladrón?" Luego le sacaron á rastra fuera de la torre, le acometieron con espada en mano, le dieron muchas estocadas, y por último, le cortaron la cabeza. De la misma suerte mataron al gran prior, y luego puestas las cabezas en la punta de dos picas las pasearon por las calles. El rey para dispersar aquellos hombres frenéticos, les prometió cuanto quisieron; pero en seguida mandó castigar á varios, entre ellos á Juan Vallée, que fué ahorcado y descuartizado como reo de alta traicion.

Al año siguiente, Wiclef, primer autor de estos desórdenes, escri-

bió al parlamento un memorial ó peticion, en que solicitaba que se adoptasen las siguientes proposiciones: El rey ó el reino no debe estar sujeto á ninguna silla ó prelado, hasta que se haya demostrado lo contrario en la Sagrada Escritura; no se debe enviar dinero á Roma ni á Avignon, es decir, á una corte extranjera, á no ser que se pruebe tambien esta obligacion por la Escritura; de lo contrario, los que exigen este tributo deben considerarse como lobos rapaces. Nadie, sea cardenal ó de cualquiera otra dignidad, debe percibir los frutos de ningun beneficio en Inglaterra, si no reside en él ó está ocupado útilmente para el reino á juicio de los señores. No se deben cargar contribuciones al pueblo mientras no se hayan apurado todos los bienes del clero, que son patrimonio de los pobres y deben emplearse para socorrer sus necesidades. Cuando los obispos ó curas caen manifestamente en pecado, puede y debe el rey confiscar sus temporalidades. El rey no puede emplear ningun obispo ni cura en ningun cargo secular; de lo contrario hace traicion á Jesucristo como ellos. A nadie se le debe encarcelar para obligarle á solicitar la absolucion de la excomunion. Al mismo tiempo publicó Wiclef otros errores sobre los sacramentos y particularmente contra la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y los discípulos del sectario los predicaron públicamente en las provincias, no obstante la prohibicion de las curas y obispos, porque los apoyaba y protegía la multitud. Habiendo prohibido el obispo de Lincoln la predicacion á Wiclef y queriendo proceder contra él, prorumpió el pueblo enfurecido en tales amenazas, que no se atrevió aquel prelado á poner por obra su intento.

Mas Guillermo de Courtenay, arzobispo de Cantorbery, dictó algunas medidas para reprimir estos errores, y en Mayo de 1382 tuvo un concilio en Londres, donde fueron condenadas como heréticas diez proposiciones contra la transustanciacion y la presencia real, la necesidad de la confesion, la institucion divina de la misa, la validez de los sacramentos administrados por obispos ó sacerdotes que estén en pecado mortal, la potestad del Papa y los bienes temporales del clero. Una de estas proposiciones decia que despues de Urbano VI no se debía reconocer ningun Papa, sino vivir como los griegos cada uno sujeto á sus propias leyes. Condenáronse como erróneos otros catorce artículos, que en su mayor parte impugnaban las censuras y los institutos religiosos. Entre otros son notables estos: Todo prelado que excomulga á un clérigo que ha apelado al rey ó al parlamento, es por este solo hecho traidor á Dios, al rey y al Estado. Los que dejan de predicar ó de oír la predicacion á causa de la excomunion de los hombres, serán condenados como traidores á Dios en el dia del juicio. Los señores seculares pueden á su voluntad quitar las temporalidades á los eclesiásticos pecadores consuetudinarios, y los pueblos pueden tambien corregir á discrecion á los señores que pecan. El que está en pecado mortal



no es señor temporal, ni prelado. Todos los religiosos, sean ó no mendicantes, quedan separados de la sociedad cristiana, y el que da limosna á un mendicante, queda también excomulgado. Muchos discípulos de Wiclef fueron emplazados ante el concilio por haber predicado estos errores, y él mismo tuvo que comparecer y firmar una retractación segun la fórmula que se le prescribió, porque el rey había dado potestad á los obispos de aprehender y retener en prision á cuantos enseñasen semejantes errores. Pero el hipócrita sectario no desistió de su doctrina á pesar de la atjuración exterior, y retirado á su curato de Luthelworth se dedicó enteramente á componer su principal obra intitulada *Tridlogo*, en la que llevó la heregía é impiedad mas allá de los límites que hasta entonces había respetado. Murió de allí á poco tiempo, segun unos, en el año 1384, y segun otros en el de 1387. Se observó que acometido de apoplejía el día de Santo Tomás de Cantorbery, murió el de San Silvestre; cosa que se consideró como un castigo de las blasfemias que vomitaba particularmente contra estos dos santos. Publicó multitud de escritos en defensa de sus errores, y una version inglesa de toda la Biblia con un prólogo, en que exponia, segun sus ideas, el método de estudiar y entender la Santa Escritura. Con este motivo se lee la siguiente reflexion en Kington, autor coetáneo: "De ahí ha resultado que las mugeres citan la Escritura con mas frecuencia que lo hacian los clérigos, y la margarita evangélica echada á los puercos, viene á ser el juguete de la ignorancia y de la impiedad."

No tardó el Papa Urbano en enemistarse con Cárlos de Duras. Como le pareciere que este príncipe dilatava demasiado el poner en posesion de los ducados prometidos á Francisco Prignano, sobrino del Pontífice, resolvió á pesar de las representaciones de muchos cardenales, pasar en Octubre de 1383 al reino de Nápoles, donde fué recibido con los honores acostumbrados; pero bien pronto echó de ver que estaba en cierto modo cautivo, porque tenia guardas de vista en el palacio que habitaba. Despues recobró la libertad, y el rey le pidió perdones; pero duró poco la reconciliacion. Francisco Prignano, apellido Batilo y sobrino del Papa, robó una monja de Santa Clara, la tuvo algunos dias en su casa y la deshonoró. Este raptó sacrilego indignó á toda la ciudad, y el rey emplazó al reo, el cual fué condenado en rebeldía á pena capital. Quejose el Papa y alegó que siendo el soberano del reino, no se podia en su presen- cia condenar á muerte á un señor investido de un gran feudo. Así no se ejecutó la sentencia, el crimen quedó impune, y se acordó que Batilo se casaria con una parienta del rey; con cuya condicion le dió éste la ciudad de Nocera. El Papa, siempre descontento, se retiró al año siguiente á esta ciudad; y como enviase á decir al rey que disminuyera los tributos si queria conservar su amistad, respondió Cárlos de Duras encolerizado: "Yo he conquistado el reino,

y no le toca al Papa gobernarle; que mande á los clérigos." Desde entonces fué completo el rompimiento. En este mismo año, 1384, publicó el Papa una bula para reducir los privilegios de los regulares, prohibiéndoles admitir á los feligreses al oficio divino en los domingos y dias festivos, administrarles el sacramento de la penitencia sin licencia de los párrocos, predicar en sus Iglesias antes de la misa parroquial y en las otras, sin ser rogados, ó á lo menos sin obtener permiso.

Entre tanto, los cardenales temiendo por su seguridad, suplicaron al Papa que se compusiese con el rey, ó saliera del reino; pero no hizo caso de estas representaciones: entonces varios de aquellos que estaban en oposicion con él hacia mucho tiempo, consultaron al jurisconsulto Bartolino sobre la cuestion siguiente: "Si un Papa incapaz de gobernar y queriendo obrar en todo á su capricho pusiera la Iglesia en peligro por su mala conducta, ¿seria lícito darle un curador por eleccion de los cardenales?" Los consultantes fueron delatados al Papa, á quien se persuadió que habian tramado una conspiracion con el objeto de prenderle en un consistorio, condenarle como herege en virtud de la declaracion de dos testigos, ejecutar la sentencia y proceder á otra eleccion. Furioso el Papa con esta noticia, tuvo en 11 de Enero de 1385 un consistorio, en que mandó prender á los seis cardenales acusados, entregándolos en manos de su sobrino con el obispo de Aquila para ponerlos en el tormento, y por ciertas declaraciones arrancadas con la violencia del dolor, los depuso de su dignidad y beneficios, y confiscó sus bienes: no dejó de achacar al rey de Nápoles esta conjuracion cuyo autor era el cardenal de Rieti su canceller. Habiendo, pues, convocado al pueblo de la ciudad y de las cercanías con todo el clero de la corte pontificia en el castillo de Nocera el día 15 de Enero, pronunció un largo discurso, en que dijo que los cardenales presos habian conspirado contra su vida, y que él lo habia sabido por revelacion divina, y luego excomulgó á aquellos seis cardenales, al de Rieti y todos sus autores, al rey Cárlos y su esposa Margarita, puso en entredicho la ciudad de Nápoles, y para hacer mas terribles estas censuras, el Papa y todo el clero apagaron y rompieron los cirios. A los diez dias reiteró la excomunion contra el rey y la reina (1). Esta medida produjo extraordinaria fermentacion. El pueblo de Nocera y de la comarca se declaró con violencia contra los partidarios del rey; pero éste envió al punto tropas que tomaron la ciudad por asalto, in quemaron, así como varios lugares de alrededor, y sitiaron al Papa en el castillo donde se habia encerrado. El asedio que comenzó por Febrero, duró casi todo el verano. Al mismo tiempo, el clero de Nápoles declaró nulo el entredicho por no haberse fulminado canónicamente, y en consecuencia mandó el rey bajo severas penas cele-

(1) Walsing.—Theod. Niem.—Rainald.



brar el oficio divino, y castigó rigurosamente á los que se declaraban por el Papa. Cinco cardenales que habia en Nápoles, escribieron al clero romano una carta violenta, en que manifestaban que el Papa Urbano se habia hecho indigno del pontificado por su mala conducta, su obstinacion en prolongar el cisma, y sobre todo, la prision de seis cardenales sin motivo, y que se le debia negar la obediencia y remediar los males de la Iglesia por un concilio general ó de otro modo. Entre tanto, los cardenales presos estaban sepultados en calabozos infectos, donde sufrían hambre, sed, frío y miseria. Como el primer interrogatorio, á pesar del rigor de los tormentos, habia producido solo algunas declaraciones insignificantes, probó el Papa por todos los medios á hacerles confesar la conjuracion contra su vida, y prometió solemnemente perdonarlos si confesaban su crimen; pero viendo que no adelantaba nada, resolvió ponerlos otra vez en el tormento, y dió esta comision á su sobrino Batilo y á un caballero rodio llamado Basilio de Levante, que se habia ejercitado en la piratería y habia entrado en la órden de Rodas, no por devocion, sino por alcanzar un priorato en Sicilia. El primero á quien atormentaron fué el cardenal de Sangre, el cual con los grillos en los pies sufrió tres vueltas tan crueles en el tormento, que Teodorico de Niem, uno de los comisarios, le dijo por lo bajo: "Padre, ¿no veis que el objeto es quitaros la vida? Decid, pues, algo para salir de sus manos." "¡Ah! No sé que decir," respondió el cardenal; y Teodorico dijo á los verdugos: "Deteneos, que bastante me ha dicho ya; pero quiero escribirlo antes de dar parte." Durante la cuestion, Batilo se mofaba á carcajadas de los tormentos del cardenal. El de Venecia, viejo y achacoso, fué entregado el dia siguiente á Basilio de Levante, y atormentado desde la mañana hasta la hora de comer; pero lejos de producir estas crueldades el efecto que se esperaba, solo sirvieron para aumentar el número de los enemigos del Papa, de suerte que cada dia le abandonaban algunos de sus cortesanos para ir en busca del rey de Nápoles.

Las tropas de este príncipe continuaban el asedio del castillo de Nocera, y en el mes de Mayo dió pregon en su ejército que cualquiera que procurase ó protegiese la evasion del Papa, seria castigado como rebelde, y que el que le entregase vivo ó muerto, recibiría en el acto diez mil florines de oro. Por su parte el Pontífice, prodigando las censuras, se asomaba tres ó cuatro veces al dia á un balcon con una campanilla y una vela para excomulgar al ejército enemigo. Al mismo tiempo dió una constitucion que obligaba á todos los cristianos, de tres jornadas á la redonda, á socorrer al Papa sitiado, y les concedia las mismas indulgencias que si fuesen á la Tierra Santa. Tambien declaró que los clérigos que hiriesen ó matasen á alguno de los sitiadores, no quedarían irregulares. Al fin, se vió precisado á implorar el auxilio de los franceses que habian ido acompañando á Luis de Anjou. Estaban entonces al man-

do del conde de Nola, que se habia declarado contra Carlos de Duras, y por este motivo no titubeó en tomar la defensa del Papa Urbano. A pesar de los sitiadores penetró con sus tropas al castillo de Nocera, y llevó al Papa y su corte hasta Salerno, atravesando las montañas. Como se quedase atrás el obispo de Aquila, uno de los presos, el Papa, creyendo que se rezagaba de intento para escaparse, hizo que le castigasen de tal modo los soldados, que le mataron y dejaron insepulto el cadáver. Urbano salió libre de Nocera el 8 de Agosto; pero al llegar cerca de Salerno corrió otro peligro, porque los franceses de su escolta deliberaron si le entregarían á Clemente. Sin embargo, los disuadieron el conde de Nola y los italianos fieles á Urbano, el cual pagó de contado once mil florines de oro, y dió fianzas por veintiseis mil. En seguida se embarcó en las galeras que le habian enviado los genoveses, y pasó á Sicilia y de allí á Génova, á donde arribó el 23 de Setiembre de 1385. A los pocos dias hizo una promocion de varios cardenales, casi todos napolitanos y de costumbres muy sospechosas; habia ofrecido poco tiempo antes la dignidad cardenalicia á los tres arzobispos electores de Maguncia, Tréveris y Colonia, y á algunos otros prelados de Alemania dejándoles la administracion de sus Iglesias; pero ellos no juzgaron conveniente aceptar el capelo. Clemente, que ya habia creado nueve cardenales en 1383, creó otros ocho en este mismo año, de manera que esta dignidad prodigada así en ambas obediencias, perdió mucho de su esplendor. Urbano VI residió mas de un año en Génova, cuyo dux y principales ciudadanos le rogaron, aunque en vano, que perdonase á los cardenales presos. Algunos amigos de éstos intentaron librarlos y entraron de noche en palacio confiados en que se les unirían otros muchos para quebrantar las cadenas; pero viendo que se disponían á resistir la guardia y los criados, desmayaron y huyeron. Entonces fueron custodiados mas estrechamente los presos en la habitacion misma del Papa, á quien las cosas mas leves hacían temer una conjuracion para darles libertad. Por este motivo mandó prender y poner en la cuestion á varias personas de su corte. A los pocos dias se descubrió una conspiracion formada para envenenarle; y como se hacían rigurosas pesquisas, huyeron dos cardenales de la corte de Urbano para adherirse á Clemente. Uno de ellos era Pilo de Prato, arzobispo de Ravena, el cual al pasar por Pavia quemó el capelo en la plaza pública por insultar al que le habia dado. Entre tanto Urbano, movido de las vivas instancias del rey de Inglaterra, puso en libertad al cardenal Adam Eston, obispo de Londres, que era uno de los presos; pero queriendo salir de Génova, se deshiizo de los otros cinco en Diciembre de 1386. La muerte de éstos se mostró de diversas maneras: unos decían que habian sido arrojados al mar; otros que habian sido degollados y enterrados en una caballeriza. Urbano partió á fines del mismo mes, y se dirigió á Luca, donde



pasó el año siguiente. Entonces los príncipes alemanes le enviaron embajadores para exhortarle á que entrara en negociaciones con su competidor con el fin de extinguir el cisma, ofreciendo proveer á todos los gastos necesarios; pero se hallaba tan poco dispuesto á ello, que publicó en 29 de Agosto de 1387 una nueva cruzada contra Clemente y sus parciales. Este, por el contrario, dió al mismo tiempo un paso, que al parecer manifestaba la intencion ó indicaba á lo menos el único medio de terminar una division tan deplorable. Queriendo ganar á los florentinos, les envió unos religiosos, los cuales propusieron en su nombre la convocacion de un concilio general, con promesa de hacer cardenal á Urbano si él era reconocido Papa legítimo, y en el caso contrario ponerse enteramente á su discrecion.

En el mismo año murió el Beato Pedro de Luxemburgo, cuyas virtudes y milagros dieron mucho lustre á la obediencia de Clemente. Era hijo del conde de Ligni y pariente del emperador Wenceslao; y habiendo perdido en la niñez á sus padres, fué educado por una tia suya, quien le entró desde luego á la universidad de Paris; aqui cautivó la admiracion por su piedad, modestia, mansedumbre y ardiente caridad para con los pobres. A la edad de trece años fué nombrado canónigo de Paris, y luego llegó á arcediano de Chartres y Cambrai. No tenia mas que quince cuando le dió Clemente el obispado de Metz con la esperanza de unir así á su obediencia aquella vasta diócesis, parte de la cual se habia declarado á favor del Papa Urbano. En tan tierna edad se mostró Pedro de Luxemburgo, digno del episcopado por su celo y prudencia. Como le disputasen el derecho de nombrar los oficiales de la ciudad, porque aun no estaba consagrado, y parte de la diócesis se negase á reconocerle, su hermano el conde de San Pablo, empleó la fuerza de las armas para apoyarle, y pidió por los gastos de la guerra un resarcimiento sobre los bienes del obispado; pero Pedro abandonó su patrimonio antes que consentir que fuera gravada su Iglesia. En 1386 fué nombrado cardenal, y murió al año siguiente sin tener mas que diez y ocho de edad; pero aniquilado por sus austeridades. En su sepulcro se obraron muchos milagros, por los cuales fué beatificado en 1527.

El rey Luis de Hungría habia muerto en 1382 dejando sus reinos á dos hijas todavía niñas: Maria, la mayor, le sucedió en el trono de Hungría, y Eduvigis en el de Polonia. La reina Isabel, madre de ambas, tomó la regencia del reino durante la mayor edad de Maria; pero gobernó tan mal, que la menor parte de los señores ofrecieron la corona á Carlos de Duras. En consecuencia marchó este á Hungría, y fué coronado solemnemente en Alba Real el 31 de Diciembre de 1386; mas el 5 de Febrero siguiente fué asesinado en Buda de orden de la reina Isabel y en su presencia. Como estaba excomulgado, quedó su cuerpo muchos años sin sepultura.

El ban ó señor de Croacia, para vengarle, mandó quitar la vida á la reina Isabel de allí á tres meses, y apoderándose del gobierno redujo á prision á Maria, pero Sigismundo, hermano del emperador Wenceslao y marqués de Brandeburgo, á quien estaba prometida, marchó á libertarla, se casó con ella, y fué coronado rey de Hungría. Cuando se supo en Nápoles la muerte de Carlos de Duras, la reina Margarita hizo proclamar rey á su hijo primogénito Ladislao ó Lancelot; pero el Papa Urbano no quiso reconocerle, lo cual dividió el reino en dos partidos, uno á favor de la reina y otro á favor del Papa. Esta division presentó á Luis, hijo del duque de Anjou, una coyuntura ventajosa para hacer valer sus pretensiones á la corona. Apoyado por Oton de Brunswick, marido de la reina Juana, y por algunos señores poderosos, logró ocupar á Nápoles, echó á la reina Margarita y á su hijo, y quedó dueño de gran parte del reino por muchos años.

Por entonces la reina de Polonia Eduvigis, unió á este reino el gran ducado de Lituania por su matrimonio con Jagelon, que era soberano de él. Este duque habia perseverado hasta allí en el paganismo con todo su pueblo, á pesar de las exhortaciones de los príncipes cristianos de la comarca; pero para casarse con la reina consintió en instruirse y fué bautizado en Cracovia el año 1386 por el arzobispo de Gnesne, primado del reino: tambien recibieron el bautismo tres hermanos suyos y muchos señores de la Lituania. A pocos dias fué consagrado y coronado rey de Polonia Jagelon bajo el nombre de Ladislao. Al año siguiente pasó á Lituania para establecer la religion cristiana, y convocó en Wilna una junta, en que exhortó á sus vasallos que dejaran las supersticiones. Los lituanos adoraban un fuego perpetuo conservado cuidadosamente por sus sacerdotes, unos bosques que creian sagrados, y unas serpientes en las que suponian que gustaban ocultarse sus dioses. No habiendo podido el rey vencer estas preocupaciones con sus exhortaciones, mandó talar los bosques y matar las serpientes sagradas, apagó el supuesto fuego perpetuo á vista de los bárbaros, é hizo derribar el templo y romper el altar en que inmolaban sus víctimas. Como viesen los lituanos que se creian perdidos, que no les acontecia ningun mal, no tardaron en pedir el bautismo. Los sacerdotes polacos les explicaron los artículos de la fé, y el rey mismo trabajó con celo en instruirlos. Los personajes mas distinguidos fueron bautizados uno por uno; pero en cuanto al pueblo, como hubiera sido un trabajo infinito bautizar así á todos los que se presentaban, mandó el rey dividirlos en diferentes cuadrillas y se les bautizó por aspersion, dando á cada cuadrilla un solo nombre cristiano. Es de presumir que se tomaran todas las precauciones convenientes para que cada uno recibiese el agua. El rey á fin de manifestarles su afecto y disgustarlos de las prácticas bárbaras, les dió vestidos de lana en vez de las pieles de animales ó de la tela burda con que se